

**MENTIRAS CREÍBLES Y  
VERDADES EXAGERADAS  
500 AÑOS DE LEYENDA NEGRA**

**ENRIQUE SUEIRO**  
PRÓLOGO DE JOSÉ ANTONIO ZARZALEJOS

# Índice

Prólogo .....	7
Apertura (mental) .....	13
1. Adaptar la percepción a la realidad, no al revés	
Si es una leyenda, el color da igual .....	31
2. Desvelar la mentira de la verdad exagerada	
Hispanoamérica, según Las Casas .....	59
3. Combatir la mentira de la verdad omitida	
Impacto de la ignorancia: colonialismo comparado .....	97
4. Verificar datos, ofrecer contexto y embridar emociones	
Comprender sin justificar: Inquisición española y represión extranjera .....	175
5. Conocer claves del comportamiento humano	
Personalidad de Felipe II y su secretario Antonio Pérez .....	225
6. Saber comunicar reputación	
Vanguardia oculta, lastre manifiesto: España, entre los grandes países. ....	263
7. Gestionar lo anecdótico y lo sintomático	
Ni magnificar lo puntual ni silenciar lo habitual: la Armada española .....	289
55 reflexiones ejecutivas .....	317
Gracias .....	327
Notas .....	329
Bibliografía .....	355
Índice temático .....	359

## Apertura (mental)

Saber sí ocupa lugar y, sobre todo, tiempo.

Habla el ignorante sin pudor y calla el sabio con temor.

Cuando el ignorante habla suele pontificar, exagerar y adjetivar.

Cuando el sabio habla suele dudar, matizar y sustantivar.

Si alguien nos cae mal, no llegaremos a reconocerle ni una brizna positiva.

Si alguien nos cae bien, atenuaremos hasta su barbarie más evidente.

Cuando estas premisas se aplican a asuntos complejos y distantes en el tiempo, se aleja aún más la posibilidad de hacerse una idea cabal de la realidad.

El hilo conductor de estas páginas es la Leyenda Negra, esa serie de estereotipos que, de forma consciente o no, transmiten una imagen falsa de la realidad histórica de España al magnificar bajezas y ocultar grandezas, en particular desde el siglo XVI. Este libro no es de historia, aunque se refiera a ella; habla de la Leyenda Negra, mas no agota el tema, y lo aborda desde una perspectiva de comunicación reputacional, que no es la única posible.

He disfrutado leyendo miles de páginas de obras y sitios de Internet porque quería saber. Aun a riesgo de equivocarme, intuía algo parecido a lo que percibo al leer periódicos: que gran parte de lo publicado es cierto, pero no más que lo omitido. Y que la clave está en la proporción.

Los títulos de los capítulos tienen vocación de antídotos de esa Leyenda Negra, trasplantables a la gestión de cualquier organización

humana. El primero aborda la necesidad de adaptar la percepción a la realidad, conscientes de que, si un relato es leyenda, el color da igual. Los capítulos segundo y quinto se centran en personajes clave para entender la Leyenda Negra: Bartolomé de Las Casas, Felipe II y su secretario Antonio Pérez. El motivo de pormenorizar detalles de su personalidad y comportamiento es comprender mejor su impacto en los argumentos negrolegendarios utilizados contra España. Tanto el tercero –colonialismo comparado– como el cuarto –la Inquisición– pretenden arrojar luz con unas verdades frecuentemente ignoradas de un contexto en el que otras se transmiten de forma exagerada. Ese mismo propósito guía el contenido del capítulo sexto, sobre una realidad española de vanguardia que, por desconocimiento, se percibe de forma injusta. El séptimo ejemplifica –con sucesos en torno a la Armada– cómo, no solo la mentira, sino magnificar lo puntual y silenciar lo habitual genera desinformación. El contenido se completa en la conclusión con medio centenar de reflexiones ejecutivas.

### **Evitar la extrema defensa y el radical ataque, sin matiz intermedio**

Salvo fallo de memoria, desde que tengo carné de conducir (1986) me han notificado cuatro multas de tráfico. No menos cierto es que he cometido más infracciones que esas sancionadas. Cualquiera que publicara esto, detallado minuciosamente en varios volúmenes y traducido a diversas lenguas, estaría diciendo una verdad; pero si solo hablara de ello estaría transmitiendo al mismo tiempo una manifiesta falsedad. Quienes más me aprecian omitirían de mi pasado, probablemente, esas cuatro multas que realmente existieron. Y quienes se empeñen recabarían detalles también reales. El círculo manipulador se cerraría si, cada vez que se informase del tráfico, se recordara mi caso y solo se hablara de él.

La información accesible condiciona la percepción. Bien lo sabían los gestores de la imagen de Franklin Delano Roosevelt. De las 35.000 fotografías conservadas en la Roosevelt Presidential Li-

brary, solo dos muestran al presidente estadounidense en silla de ruedas.<sup>1</sup>

Apenas me ha resultado novedoso lo que he leído sobre lo muy difundido de la historia de España. Sin embargo, me ha sorprendido lo que ahora he conocido y que ha tenido una difusión mucho más restringida.

A toda costa quiero evitar la visceralidad que se percibe en algunas fuentes que van desde la extrema defensa al radical ataque, sin matiz intermedio. Como ilustra Javier Fernández Aguado en *Liderar en un mundo imperfecto*, hasta los más altos ideales incurrir en errores y barbaridades. Aun en la más cruel perversidad se encuentra algún atisbo positivo.

No creo que los españoles, con nuestro historial más brillante, seamos sustancialmente mejores que los franceses, ingleses, alemanes, holandeses o portugueses, con páginas también gloriosas de historia. Tampoco estimo que nuestras bien conocidas brutalidades superen las aberraciones más ignoradas e igualmente ciertas de nuestros vecinos europeos. Cuanto más sabemos, más necesitamos matizar lo que afirmamos. Buena ilustración es la respuesta que se adjudica a Chesterton cuando le preguntaron qué opinaba de los franceses: «No sé, no me los han presentado a todos».

## **Los españoles se consideran, injustamente, inferiores**

A la vista de los datos contrastables, parece que hay amplio margen para seguir aprendiendo sin miedo a la verdad. Sigue actual la sentencia atribuida a San Gregorio (siglo IV) de que «no hay peor escándalo que querer suprimir la verdad por miedo al escándalo».<sup>2</sup> Donde también se aprecia opción de mejora es en la autoestima de los españoles. Según encuestas del Real Instituto Elcano, España recibe mejor valoración de los extranjeros que de los nacionales, y los españoles nos apreciamos menos a nosotros mismos de lo que otros ciudadanos valoran a sus propios países. Tres botones de muestra dentro de Europa: vemos el país como

«corrupto» (64 % frente al 27 % de los europeos), «débil» (52 % frente al 25 % de nuestros vecinos) y «pobre» (62 % frente al 43 % de ellos).<sup>3</sup> Se confirman tanto la saludable actitud de los españoles de no considerarse superiores, como su injusta tendencia a creerse inferiores. En tan singular proceso de extranjerización, con llamativa asimetría confluyen ignorancia y embelesamiento. Al desconocimiento de los méritos propios y de los fracasos ajenos se suman una desproporcionada admiración por lo foráneo y una minusvaloración patológica de lo nacional.

Cada cifra, cada porcentaje, cada enumeración, cada argumento aquí expuesto requeriría no pocos matices y elementos adicionales de contexto. Abordarlos todos resultaría inviable y, de conseguirlo, haría ilegible el resultado final. Sería una especie de Boletín Oficial del Estado (BOE) que recogería todo y, precisamente por eso, casi nadie consultaría. En el extremo opuesto, excesiva síntesis, el riesgo también acecha. La Agencia Central de Inteligencia (CIA) de EE.UU. resume tanto el párrafo informativo sobre España que apenas hay referencia a nada relevante entre su época dorada (siglos XVI-XVII) y la dictadura de Franco (1939-1975).<sup>4</sup>

A esta limitación deben añadirse, al menos, tres condicionantes específicos de la subjetividad y relatividad de los textos históricos: las connotaciones de las palabras que nombran hechos, el modo de surgir la historia como tipo de conocimiento y los diversos puntos de vista según sus protagonistas.<sup>5</sup>

Sobre este último aspecto, la perspectiva de los actores, resulta iluminador conocer versiones y argumentos de unos y otros, ya que sus vivencias y percepciones pueden diferir notablemente. Hernán Cortés y Moctezuma encarnan un ejemplo esclarecedor. Parece que el español tomaba la iniciativa para conseguir su conversión al cristianismo. Cuando el conquistador comparaba la aberración de los sacrificios aztecas con la sencilla misa católica, el líder mexica, que escuchaba con interés, respondía que le parecía menos execrable sacrificar personas que comer la carne y la sangre del mismo Dios.<sup>6</sup> Se ignora si llegó a producirse contrarréplica para explicar este misterio de la fe como renovación incruenta de la muerte de Jesús en la cruz.<sup>7</sup>

## Comunicar es también gestionar percepciones

La reputación, aunque se refiere a algo real, se basa más en la percepción de esa realidad... y lo que se percibe no siempre coincide con lo que es. Hay personas, organizaciones y países que son mucho mejores de hecho que su reputación. Y viceversa. De ahí la relevancia de conseguir, primero, un buen producto o servicio y, después, una percepción (positiva) acorde con esa realidad (buena). Nada menos. Gran falacia la de comunicar bien algo malo. No funciona a largo plazo.

Con frecuencia el problema es de comunicación en su vertiente de gestionar percepciones. Veamos un ejemplo sobre reputación nacional. A modo de test orientativo, cabe ensayar con el siguiente cuestionario de historia:

1. ¿Dónde murieron menos personas quemadas en la hoguera acusadas de brujería?
  - A. Alemania
  - B. Inglaterra
  - C. España
2. ¿Qué país organizó, en el siglo XIX, la primera campaña médica de vacunación internacional?
  - A. España
  - B. Estados Unidos
  - C. China
3. ¿Qué país promovió las lenguas locales de los territorios colonizados y construyó universidades y hospitales?
  - A. Holanda
  - B. Francia
  - C. España

4. ¿La monarquía de qué país prohibió expresamente maltratar a los indígenas y utilizarlos para el mercado internacional de esclavos?

- A. Portugal
- B. España
- C. Inglaterra

5. ¿En qué país europeo se sigue conmemorando en el siglo XXI a un autor (Lutero) que en el siglo XVI incitó a quemar sinagogas y escuelas judías?

- A. Alemania
- B. Francia
- C. España

## **Contra la verdad exagerada y la verdad omitida**

Tener mala fama puede ser tan triste como, a veces, justo. Si mi comportamiento o mi servicio son deficientes, parece lógico que ello se refleje en mi reputación. Lo lamentable es cuando falta concordancia entre percepción y realidad. Hay preguntas de gestión con muy fácil respuesta: ¿Qué puedo hacer para que no me perciban como ladrón, borracho, corrupto, mentiroso o vago? Lo primero, dejar de robar, de beber, de trapichear, de mentir, y ponerme a trabajar. Corregida la realidad, si persiste la percepción negativa, tengo un problema de comunicación.

La Leyenda Negra es un caso palmario de reputación injusta para España, no porque sean falsas muchas acusaciones, sino por el recurso a exagerar lo negativo y omitir lo positivo. Paradójicamente, es lo contrario a lo que ocurre en otros países, que magnifican logros y minimizan crueldades, que también tienen. Así se verifica con las respuestas correctas del test: 1: C; 2: A; 3: C; 4: B; 5: A.

La historia de España desde el siglo XVI brinda lecciones fáciles de aplicar, si se quieren corregir errores de percepción. El tema es por supuesto más complejo de lo que apenas se puede esbo-



zar en estas líneas. Una primera conclusión: es importante profesionalizar la comunicación de aquello que se gestiona, sea un imperio, un país o una empresa.

La nación que hoy alberga la capital de la Unión Europea es un claro ejemplo de cómo amortiguar unos datos históricos que habrían relegado a cualquier otro país al ostracismo reputacional. Mientras forma parte de la cultura popular el historial negroléxico español, apenas se conocen y condenan barbaries como la de Leopoldo II de Bélgica a finales del siglo XIX. La empresa de la que era propietario en el Congo esclavizó y llevó a la muerte a millones de personas. Algunos comparan esa masacre con el Holocausto nazi. Qué necesario es, al recibir cualquier noticia, leer entre líneas, y más difícil aún: ante las omisiones injustas, poner las líneas que faltan para hacer justicia a la verdad.

## **La verdad no es la equidistancia entre dos mentiras**

En algunas páginas, como presunto ejercicio de objetividad, brindaré versiones con datos diametralmente opuestos. Soy consciente de que, ante dos proposiciones contradictorias, una al menos es siempre falsa, y a veces ambas. Paradigma de ello es el cálculo de la población indígena en América antes de 1492. La realidad no es la media entre los 13,5 y los 700 millones que exhiben diferentes fuentes, de igual forma que la distancia real entre Pamplona y Madrid (400 km) no es la media ni la mediana entre quienes puedan sostener que son 250 o 550 km. No. La verdad no es la equidistancia entre dos mentiras. A esto se añade la sospecha de parcialidad si no se aportan datos contrarios, por hiperbólicos que sean. Es el caso del número de indígenas muertos por los españoles sin discriminar, por ejemplo, entre los directamente asesinados y los fallecidos por enfermedades, portadas o no por los colonizadores.

También merece recordarse que reproducir fielmente lo que alguien dice no significa que lo dicho sea fiel a la verdad. Por ejem-

plo, si afirmo que «los Reyes Católicos enviaron el primer hombre a la luna», además de falso es inverosímil. El problema se agudiza cuando algo falso resulta verosímil (similar a lo verdadero), como decir que «durante trescientos años de caza de brujas, la Iglesia quemó en la hoguera nada menos que a cinco millones de mujeres». Ambas frases son falsas, pero una de ellas pasa por verdadera para los millones de lectores de la novela que lo afirma, *El Código Da Vinci*. Hay que estar alerta para rechazar premisas falsas asumidas como incuestionables, no dar por hecho lo que no lo es. Hannah Arendt advierte del terrible impacto de relatos inverosímiles que, sin embargo, cuentan con «suficiente plausibilidad» para la propaganda efectiva.<sup>8</sup>

En 2002 acompañé a un equipo de la televisión pública austriaca, *Österreichischer Rundfunk* (ORF), que visitaba Pamplona para un reportaje. Transitando por el céntrico Paseo de Sarasate, encontramos el espectáculo de unas jóvenes bailando flamenco sobre un tablao. Como un resorte, el cámara empezó a grabar. Con intención de contextualizar para quien quizá veía flamenco por primera vez en vivo, le expliqué que ese vistoso baile no era originario ni típico de Navarra, sino de Andalucía. Seguimos adentrándonos por el casco antiguo y, en plena calle de San Nicolás, el reportero observó dos pancartas blancas en sendos balcones. Me preguntó qué significaban la imagen de aquel mapa y la leyenda que lo acompañaba. Se trataba de la representación nacionalista de Euskal Herria, que integra en su proyecto los territorios de Navarra, Euskadi y el País Vasco francés. El texto «*Euskal Presoak, Euskal Herrira*» venía a reclamar el traslado de los «presos vascos» a Euskal Herria. En este punto añadí dos matices que me parecían relevantes y que conocía bien por haber nacido en Pamplona y haber vivido allí mis primeros cuarenta años. El primero era cuantitativo: esas pancartas eran tan reales como minoritarias allí entonces. El segundo era una explicación obligada para quien desconociera el contexto social y político, ya que esos «presos vascos» no estaban en prisión por ser vascos, sino por pertenecer a la banda asesina ETA.<sup>9</sup> La aclaración era y sigue siendo pertinente a mi entender, entre otras razones porque algunos de los años con más asesinatos etarras coincidieron con una triste percepción de esta realidad

en otros países europeos. Francia consideraba «refugiados políticos» a los terroristas que asesinaban en España y se escondían en el país vecino. La BBC británica denominaba «grupo separatista» a la banda criminal.

Nunca llegué a ver el reportaje emitido por la ORF, pero muchas veces he pensado en el impacto que aquellas imágenes podrían tener en los televidentes austriacos si se emitían sin un encuadre adecuado.

Ese marco llega con el tiempo, cuando se reúne información clave que en un primer momento es difícil de obtener. La precipitación —tan propia de las redes sociales de nuestro tiempo— explica la desafortunada portada de un periódico como *Le Monde* al día siguiente de la masacre de Hiroshima el 6 de agosto de 1945. El titular principal del rotativo parisino informaba de que «los americanos lanzan la primera bomba atómica sobre Japón» y lo calificaba de «révolution scientifique». Quien escribió esas palabras quizá no tardó demasiado en arrepentirse de equiparar aquella manzana con un avance tecnológico.



Portada de *Le Monde* del 7 de agosto de 1945.

El presidente estadounidense que ordenó aquella acción es el mismo del que se cuenta que, ávido de decisiones sin peros ni matices, pidió un asesor económico manco que a cada afirmación no añadiera «*on the other hand*» (por otra parte). A Harry Truman no le sirvieron 72 horas para rectificar. El 9 de agosto repitió con otra bomba similar en Nagasaki. Estos dos hitos trágicos eclipsaron otros bombardeos sobre la población civil japonesa, incluso el considerado como el ataque no nuclear más mortífero de la historia: el 9 de marzo anterior, 1.700 toneladas de bombas incendiarias lanzadas sobre Tokio mataron a unas 100.00 personas, hirieron a decenas de miles, dejaron sin hogar a un millón y arrasaron buena parte de la ciudad.<sup>10</sup>

Qué distinta la reacción de Luka Brajnović, periodista croata en el campo de refugiados de Fermo (Italia), que seguía emisoras internacionales y publicaba noticias de la marcha de aquella guerra. El mismo día de la matanza atómica, tras informar a sus lectores con la máxima precisión posible, escribía en su diario íntimo:

«La conciencia despiadada del hombre de hoy, siguiendo la voz de la pasión, ha elevado la inteligencia humana a un incalculable nivel en su búsqueda del reinado sobre la naturaleza. No estoy reafirmando las frases propagandísticas de la prensa estadounidense, sino que hablo desde la convicción; así como lo siento. Si no maduramos (...), podemos acabar lamentándonos en el sufrimiento y maldiciendo el día en que nacimos».<sup>11</sup>

Esta finura analítica hizo de Luka Brajnović un maestro inspirador de treinta promociones de profesionales de la comunicación en la Universidad de Navarra, entre los que me cuento. Su huella, acrisolada por sufrir primero la represión nazi y después la comunista, sigue orientando la conciencia de quien se compromete con la verdad, la dignidad y la paz.